

Entre las primeras certezas que existieron, debió encontrarse la de poseer un cuerpo. Nada tan real como sentir dolor, hambre o ver el reflejo de lo que somos sobre un espejo de agua: El propio cuerpo, un objeto entre una multitud de otros objetos, pero, de alguna manera, privilegiado respecto a ellos. El cuerpo humano acumula ya una larga historia de reflexiones en torno a él, ya sea de forma directa o no, de manera central o periférica, toda filosofía fija una postura respecto a él.

La historia del papel del cuerpo en la filosofía es polivalente, es un relato de encuentros y desencuentros, de aceptaciones y negaciones, un claroscuro que ha sido el telón de fondo de toda la filosofía occidental. Desde la *cárcel del alma* que representaba para Platón y el necesario correlato de la misma para Aristóteles en la antigüedad clásica, hasta el basamento sobre el que emergen las propiedades mentales en la actualidad, el cuerpo ha sido visto ya sea como un mero vehículo, como un impedimento en la realización de las más altas aspiraciones del hombre y en la más reciente tradición materialista, como la suma de todo lo que somos.

Una visión clasificatoria puso al cuerpo en un primer momento junto a los otros objetos con propiedades físicas básicas comunes, tales como la extensión y la impenetrabilidad, que invitaban a pensarlo como algo que no es, al menos en lo fundamental, distinto de una piedra o una gota de agua. Esta visión altamente naturalista posibilitó un enfoque mecánico y viable de su funcionamiento, pero no era completamente satisfactorio; considerar al hombre como sólo cuerpo no correspondía con las intuiciones más arraigadas a lo largo de la historia. Otra sería la clase encargada de contener eso que hace que el hombre sea más que un cuerpo, que agrega a la pura extensión un punto de inflexión que está ausente en el resto de las cosas materiales, esta sustancia pensante, *res cogitans* en términos cartesianos, presentará un avance considerable en la labor de dar cuenta de los hechos mentales y gozará de vigencia durante algunos siglos, pero a la larga presentará dificultades de justificación, sobre todo al comenzar la psicología su camino en la consolidación como una ciencia.

Otro enfoque, éste de corte jerárquico, ha reescrito en más de una ocasión el papel del cuerpo en la conformación del ser humano. La valoración del cuerpo vivió quizá sus tiempos más bajos en la Edad Media Europea, en donde se llegó incluso a promover un abandono del mismo en aras de una espiritualidad elevada. Abundan los relatos de santos mortificando el cuerpo de todas las maneras imaginables y denostando los placeres materiales como el camino seguro de la condenación. La negación y con ello el desconocimiento del cuerpo será uno de los precios más caros que la cultura occidental pagará y tendrán que pasar más de quinientos años para que de nuevo una mirada natural y curiosa vuelva a contemplar e interrogar al cuerpo como lo hicieron los griegos de la época clásica. Pero no siempre fue así, existieron momentos

de exaltación del cuerpo, hedonistas y cínicos serán algunos de los casos antiguos más claros de esta mezcla de glorificación y aceptación del cuerpo que perdurarán de alguna manera a lo largo de esta historia, las más de las veces de forma sutil pero consistente, hasta que Vesalio y Harvey mostrarán por primera vez que el cuerpo, en caso de ser una jaula del alma, es una prisión extremadamente compleja. Las afirmaciones simplistas sobre él deberán de ser desechadas a partir de toda esta evidencia que hoy en día no para de acumularse.

El dualismo de sustancias ya no es popular como lo fuera hace unos siglos, en su lugar, concepciones más moderadas se han establecido. Incluso podría ensayarse una historia de la forma en que el cuerpo ha atraído a su órbita las argumentaciones sobre la complejidad humana. En la actualidad, aunque hay una fuerte tradición de tipo funcionalista que aligera el factor corporal, el peso de las investigaciones y hallazgos sobre el cuerpo hace que converjan en él las posturas más prometedoras y desafiantes sobre la naturaleza de la mente, que ya no es una entidad separada y superior, sino una propiedad íntimamente ligada a la materia. El desenlace de esta gran historia está aún por venir.

Este número de *Protrepis* ha convocado a sus autores a discurrir sobre esta tradición de pensar el cuerpo, es también una invitación a retomarlo como legítimo objeto de estudio de la filosofía contemporánea. Las disciplinas científicas, que han reclamado su derecho a pronunciarse sobre el cuerpo desde que Leonardo y Vesalio rasgaron el velo de prohibiciones que lo cubría hace ya más de quinientos años, no deberían bloquear el paso a la reflexión filosófica bajo argumentos exclusivistas, y de hecho no lo hacen, entregan a la filosofía un cuerpo enriquecido, que ya no es aquel obstáculo del alma, sino un escenario para la libertad del pensamiento. Ψ